

De su sangre, la victoria
 Fácil del atleta viendo.
 Quiere rehacerse; la espada
 Se escapa de entre sus dedos:
 Entonce un dragon, llamado
 Joaquin Leon, sin esfuerzo
 Su carabina dispara
 Y le despedaza el pecho.
 Luchando en las convulsiones
 De sus últimos momentos,
 Le cortaron la cabeza
 Y en alto la condujeron.
 Las harpías soldaderas,
 Asco y mengua de su sexo,
 Llegan vomitando injurias
 Y derramando denuestos
 Ante el Jefe, que les grita
 Con desaforado acento:
 “¡Alto, canalla maldita!
 “¡Alto, y silencio, y respeto!
 “Dejad la burla y la farsa:
 “Llevad la cabeza al templo,
 “Que es cabeza de un valiente
 “Que era bueno entre los buenos.”



 ROMANCE DE CALLEJA.

En el balcon de Palacio
 Asomado está Venegas,
 Con inquietud esperando
 La visita de Calleja;
 Y cuando está cerciorado
 De que la plaza atraviesa,
 Componiendo su semblante
 Y fingiendo aire de fiesta,
 Con expresivos abrazos
 Le recibe en la escalera.
 “Sois Virrey de Nueva España
 —Le dice:—sea en hora buena.”
 Reconocen los despachos,
 La ceremonia se apresta,
 Y al fin el cuatro de Marzo
 Se verifica la entrega.

Es la mañana; en el templo
 Sonaban las nueve y media:
 Tendidas están las tropas
 En la espaciosa carrera
 De Tacuba, de Vergara,
 Empedradillo y su vuelta.
 Va el Ayuntamiento en coche,
 En el Palacio se apea,
 Y se oyen, como es costumbre,
 Las oficiales arengas.
 En casa de Pérez Gálvez
 A albergarse fué Venegas,
 Y síguese el besamanos
 Hasta que la noche llega.
 La Capital, entretanto,
 Ni muestra gozo ni pena,
 Observando cuanto pasa
 Con marcada indiferencia,
 Que es el elocuente modo
 Con que el esclavo se venga.

PRIMER ROMANCE DEL GRAN MORELOS.

TEXMALACA.

¡Oh río de Texmalaca!
 ¿Cómo seguiste corriendo
 Y no vestiste tus aguas
 De confusion y de duelo?
 ¿Cómo no lanzas gemidos
 En lugar de alegres ecos,
 Desde que fuiste testigo
 De la prision de Morelos?
 ¿No de Concha y de los suyos
 Burló tenaz el esfuerzo,
 Gran soldado de la patria
 Y custodia del Congreso?
 Qué ¿no es el mismo que há poco
 Domaba al destino adverso,
 Oponiendo su constancia,
 Y su virtud y su esfuerzo,

A la suerte y la miseria,
 Al dolor y al aislamiento?
 Ya le veis: tras de la rota
 Carranco le toma preso,
 Falso amigo, infiel patriota,
 Y malo entre los perversos.
 Quiere hablarle, mas él dice:
 "*Pienso que nos conocemos,*"
 Y prosigue silencioso,
 Digno, grave y circunspecto.
 Concha se llena de gozo
 En cuanto sabe el suceso,
 Porque más de mil victorias
 Importaba el prisionero.
 Los soldados, su equipaje
 Se repartieron contentos,
 Méenos algo muy notable
 Que se reservó al Gobierno.
 El Padre Morales sigue,
 Tambien preso, al gran Morelos,
 En medio á los regocijos,
 Y en medio de los denuestos
 De la brutal soldadesca,
 Que puede mirar sin miedo
 Al mismo que fué su espanto
 En no muy lejanos tiempos;
 Como esas turbas cobardes
 Que á los toros van siguiendo,

Dispersándose asustadas
 Con cualquiera movimiento;
 Mas luego que los derriban
 Otros audaces toreros,
 Acuden, y los maltratan,
 Y hacen con ellos excesos,
 Seguros que están atados
 Y de que están libres ellos.
 Así á Tenango llegaron,
 Do Villasana, muy hueco
 Le recibe, y el caudillo
 Le ve con alto desprecio.
 "Dígame usted, señor Cura,
 —Le preguntó pedantesco,—
 "¿Qué fuera de mí y de Concha
 "Si ocupáramos su puesto?"
 Y Morelos le responde
 Sin alterar el acento:
 "Les doy dos horas de plazo
 "Y los fusilo." Con esto
 Cortó el diálogo importuno,
 Y se encerró en su silencio.

SEGUNDO ROMANCE DEL GRAN MORELOS.

NOTICIA EN MEXICO DE SU PRISION.

Es el nueve de Noviembre
De mil ochocientos quince,
Y éranse las dos y media
De una tarde helada y triste
En que el sol amarillento
Entre nubes se distingue,
Cuando en el regio Palacio
Repentino se percibe
Un rumor que crece y cunde,
Alarmante, incomprendible,
Que á unos inunda de gozo,
Que á otros conturba y aflige;
Pero que todos le llaman
Aborto del imposible.
“Está preso el gran Morelos,”
El rumor por fin les dice,

Y unos instan por que suenen
 Las dianas y los repiques,
 Mientras en casas y tiendas
 No se interrumpen los brindis,
 Y se escuchan las palmadas
 Y vivas de los serviles,
 Y se dan enhorabuenas
 Los próceres y sus mites.
 Entretanto, los patriotas
 Su intenso dolor reprimen,
 Y viendo negro el futuro,
 Negros sucesos predicen.
 El Virey, con entusiasmo
 La fausta prision escribe,
 Y da suelta á mil augurios
 Realizables y felices.
 Se le ve como al marino
 Que horrendo escollo percibe,
 Y que cuando va á tocarlo
 Y va en el abismo á hundirse,
 Lo despedazan las olas
 Dejándole el paso libre,
 Y como quien ve una nube
 Que fragorosa despide
 Rayos y espanto doquiera
 Anunciando muerte horrible,
 Y que al reventar el trueno
 Vuela á distantes confines,

Tornándose blanda lluvia
 Bajo de espléndido arco-íris.
 En las calles aparecen,
 En caracteres visibles,
 Anatemas espantosos
 Contra el rey y los serviles.
 Calleja ve al Arzobispo,
 Y el proceso se decide.
 Bataller funge el primero,
 El Inquisidor le sigue:
 De fiesta están los tiranos,
 De fiesta los alguaciles;
 Los esbirros se preparan
 Para un banquete de buitres,
 Mientras la patria de Hidalgo
 En hondo silencio gime.

ROMANCE DE LA ENTRADA DE MORELOS EN MEXICO.

(NOVIEMBRE 22 DE 1815.)

En el peso de la noche,
Cuando, dominando el sueño,
Remeda á la misma muerte
Lo profundo del silencio,
Sin soportar rumor leve,
Ni un tenue ruido, ni un eco,
A la Capital augusta
Llega escoltado Morelos.
Como procesion de sombras
Que atraviesan el desierto,
En la Inquisicion pararon:
Abren unos bultos negros,
Y á las cárceles secretas
Sigilosos condujeron,
Sin articular palabra,
Al héroe y su compañero.

El Virey está asombrado,
 Como cazador perplejo
 Que ve á sus plantas herida
 A la fiera que de léjos
 Apuntó como al acaso,
 Sin esperar ser su dueño.
 De antemano están nombrados
 Los actores del proceso,
 Con instrucciones severas
 Y tiranos mandamientos,
 Y cada cual se esforzaba,
 Por servir á Dios primero,
 En ser lo más implacable
 Y más feroz con el reo.
 Entre todos, descollaba
 Bataller, por su odio intenso
 Y el Provisor Alatorre
 Por sus falaces manejos.
 Morelos no nombra á nadie
 Por defensor; le eligieron
 A un jóven, *don José Quiles*,
 Estudioso, circunspecto;
 Pero sin salir del aula
 Ni de los brazos del clero.
 Le toman declaraciones,
 Y á todo responde el reo,
 Imponente, noble, digno,
 Sin desmentirse un momento

Y haciendo bajar los ojos
 A jueces y palaciegos.
 Ni un punto eximirse intenta
 De los cargos más tremendos,
 Ni delata á ningun cómplice,
 Ni acude á términos medios,
 Y más grande se descubre
 Miéntras más quieren perderlo;
 Semejante á la montaña,
 En cuyo terrible seno
 La horrenda erupcion estalla
 Y hace retemblar el suelo;
 Y aunque torrentes de lava
 La destrocen con su fuego,
 Alta, sublime, grandiosa,
 Le forman corona egregios
 Los destellos que despide
 El resplandor del incendio.
 Bataller al Arzobispo
 Concluido entrega el proceso,
 Y el Arzobispo lo toma,
 Ocultando su contento
 Tras su máscara impasible
 De santidad y de hielo.
